

“¿El pueblo es soberano? Estoy ayuno” Las ambivalencias del conservadurismo mexicano durante la Guerra de Reforma

Erika Pani

El Colegio de México

En México, la imagen del conservador decimonónico —producto de la inquina de sus rivales tanto como de la pluma de los no necesariamente más sosegados historiadores que les siguieron— es la del “mocho”, autoritario, retrógrada y aristocratizante¹. Incluso versiones más matizadas del siglo XIX mexicano concuerdan con el carácter antidemocrático del pensamiento conservador. Los liberales otorgaban al pueblo un papel destacado en la cosa pública, mientras que sus rivales, por ser miembros del partido “del orden”, hubieran buscado depurarla de toda ingerencia por parte de las clases populares, desarraigadas, ignorantes y alborotadoras por definición.

El ciudadano análisis que ha realizado Elías Palti del discurso de *El Universal*, portavoz del primer partido que tomó para sí el mote de “conservador” —y fuente de la cita que se inserta en el título de este ensayo—, muestra como, para denunciar como inoperantes los principios del orden liberal, los conservadores dirigieron sus baterías en contra de la “soberanía popular”, insostenible por irracional². No debe sorprender, entonces, que los intentos por restringir o disciplinar la participación popular en política —el establecimiento del sufragio censitario y de las elecciones por clases, la restricción de la política representativa y de la libertad de prensa— se identifiquen como “conservadoras”, a pesar de que, en algunos casos, estas medidas hayan tenido tanto abogados —nada menos que el connotadísimo liberal José María Luis Mora— como objetivos que pueden definirse como

1 El *Diccionario de mexicanismos* define al “mocho/a” como “una persona que exagera en su devoción religiosa”, “tradicional o conservadora”. Academia Mexicana de la Lengua, 2010.

2 Palti, 1998: 2-55. La cita es del artículo “Soberanía popular”, *El Universal*, 17 de diciembre 1848.

“liberales”: el equilibrio entre poderes, el voto responsable, la protección de derechos³.

La constitución de 1857, promulgada en la estela de un gobierno dictatorial y receloso de la política, presidido por Antonio López de Santa Anna (1853-1855), erigió a México como una “República democrática, representativa, popular⁴”. Los constituyentes eliminaron incluso uno de los requisitos para votar que se había inscrito en prácticamente todas las constituciones de la primera mitad del siglo XIX: la capacidad de saber leer y escribir —exigencia siempre pospuesta para un futuro mejor, en el que se hubieran remediado los males del analfabetismo, y que nunca tuvo que aplicarse, pues la fecha de entrada en vigor de este requisito siempre rebasó la vigencia de las leyes que lo contenían—. El texto de 1857 reconoció el derecho a votar de todo hombre mayor de edad que tuviera “un modo honesto de vivir”, aunque siguió filtrando la participación popular en política a través de elecciones indirectas⁵.

La promulgación de una constitución percibida como radical y anti-religiosa por no calificar la libertad de prensa y de educación para que no se agredieran los principios religiosos, por limitar el fuero eclesiástico y ordenar la desamortización de la propiedad corporativa, polarizó una situación ya tirante. El grito de “¡Religión y Fueros!” convocó a la defensa de la tradición, de la religión y de los privilegios corporativos. Pero aunque la extensión del sufragio no provocó mayor polémica —a diferencia de la exclusión de los clérigos del voto activo y pasivo, que escandalizó a la jerarquía—, al estallar la guerra civil, y trazarse las líneas de batalla con vistas a la constitución, los conservadores no quedaron del lado de la democracia.

La lógica amigo-enemigo parece dividir, de forma casi inevitable, el campo de la política moderna. No debemos permitir, sin embargo, que estructure también nuestro análisis del pasado. Como ponen de manifiesto los textos de este libro, el pensamiento conservador no articula los restos de un mundo obsoleto que se rehusa a morir. Como pensamiento político fundamentalmente moderno, el conservadurismo mexicano se inserta, como el del resto de las jóvenes naciones americanas, en un contexto

3 Mora, 1837: II: 289-304. Véanse los análisis realizados sobre la primera constitución “conservadora”, por Sordo, 1993. Andrews, 2006: 71-116.

4 Art. 40, “Constitución de 1857”, en Tena Ramírez, 2002: 613.

5 Arts. 34, 35, 55, 76, 92, “Constitución de 1857”, en Tena Ramírez, 2002: 612, 615, 620, 622.

posrevolucionario en el que la “soberanía nacional” —o del pueblo— se erigiría en componente central de la legitimidad política, y, por lo tanto, en elemento ineludible de las reglas de juego político y de su lenguaje. Por lo tanto, uno de los desafíos centrales —por mucho tiempo frustrado— de los arquitectos del Estado fue traducir este principio en instituciones estables, y una de sus tareas más conflictivas el determinar los alcances de esta soberanía, para definir los aspectos de la vida social sobre los que podían legislar sus “representantes”, y aquellos que no podían ser intervenidos por la autoridad. Este texto examina uno de estos enfrentamientos.

El ascenso del partido conservador —fundado en 1848— y su radicalización, en oposición a la constitución de 1857, desembocó en una rebelión armada. El rechazo de los conservadores estribaba precisamente sobre lo que vieron como la nefasta intención de los liberales de “revolucionar” a la sociedad mexicana con la transformación de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, afirmando, en un primer momento, la autoridad de este sobre aquella, y declarando, eventualmente, la independencia entre las dos potestades. La agresión en contra de la Iglesia no podía interpretarse sino como un ataque a la religión, con el que se destruirían los cimientos de la sociedad mexicana. El catolicismo no era solamente la religión verdadera, representaba el único lazo que unía a los mexicanos, y por lo tanto no podía estar sometido al capricho del legislador.

Así, a la volatilidad inherente a la política moderna⁶ se superpuso una guerra, la llamada Guerra de Reforma (1858-1860), que exigía la movilización de la población y la exacción y asignación arbitraria de sus recursos. A la lucha en contra de la carta del 57 se unieron, en su mayoría, los oficiales de un ejército que no fue nunca monolítico; el alto clero, que, al tiempo que se opuso tajante al nuevo orden constitucional —disponiendo que quien jurara la constitución sería excomunicado—, insistió en su carácter apolítico y en el papel que desempeñaban los obispos como “padres de todos, [...] enemigos de nadie”;⁷ los católicos militantes, y los miembros del grupo político que había figurado en primera línea durante la dictadura

6 Para un interesante análisis de la inestabilidad inherente de los sistemas políticos modernos, véase Kloppenberg, 2003.

7 La expresión es del manifiesto de los obispos en contra de las leyes reformistas publicadas por el gobierno de Veracruz durante el verano de 1859, publicado en “Editorial. La demagogia y el catolicismo”, *La Sociedad*, 6 de septiembre de 1859.

santanista (1853-1855). Todos sentían cada vez menos confianza en la forma y el fondo de la política liberal y democrática.

Nos interesa aquí explorar, a través de los discursos de esta coalición ecléctica y frágil, las formas en que los conservadores respondieron, en esta coyuntura, al reto que planteaba la política moderna y que se mencionó aquí arriba. Durante la guerra civil, ¿cómo concibieron e interpelaron los conservadores al “pueblo” supuestamente “soberano”, a un tiempo fuente de toda autoridad y sujeto de gobierno? Pensamos que éste es un ejercicio fructífero en tanto que contribuye a una mejor comprensión de uno de los contendientes de un conflicto que fue crucial para la historia del siglo XIX mexicano. Nos interesa, por otra parte, abordar una cuestión más espinosa, por incierta, y difícil de concretar: quisiéramos sugerir la manera en que las formas de pensar y de hablar del pueblo —contenciosas, cambiantes, estratégicas— moldearon, durante estos años aciagos, las posturas y acciones conservadoras, trazando, a decir de Quentin Skinner, las fronteras de lo posible en política⁸.

Tacubaya: ¿una revolución conservadora?

Se ha dicho ya que la constitución promulgada en febrero de 1857 ponía al pueblo en el centro de la política: “todo poder público” —afirmaba— “dimana del pueblo y se instituye en su beneficio⁹”. Sin embargo, cuando el presidente Ignacio Comonfort derogó en diciembre de 1857 el texto constitucional promulgado apenas unos meses antes, convencido de que no se podía gobernar con él, dijo hacerlo en respuesta a la insatisfacción de “la mayoría de los pueblos”, disgustados con una carta magna que no había sabido “hermanar el progreso con el orden y la libertad”. Su aliado, el general Félix Zuloaga, jefe de la guarnición de la ciudad de México, fue más enfático aún: si se había puesto al frente de una “revolución” en contra de la constitución, lo había hecho impelido por “el grito público, la conciencia universal y los males que [sufría] la patria¹⁰”.

8 Skinner, 1998: 101-120.

9 Art. 39, “Constitución de 1857”, en Tena Ramírez, 2002: 613.

10 Plan de Tacubaya, Ciudad de México, 17 de diciembre de 1857, disponible en *The Pronunciamento in Independent Mexico, 1821-1876*, University of Saint Andrews <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=1006&m=12&y=1857>.

Con el pronunciamiento de Tacubaya del 17 de diciembre de 1857 —que se radicalizaría al mes siguiente, dando al traste con las propuestas moderadas de Comonfort— dió inicio la guerra civil. Siguiendo a Will Fowler, consideramos que el pronunciamiento fue un mecanismo esencial de la política mexicana decimonónica. Los pronunciados se erigían en portavoces de la nación para construir alianzas y desafiar a —y negociar con— la autoridad. Pretendían, en este sentido, a un tiempo expresar y definir a la opinión pública. Por sus mecanismos de convocatoria, difusión y adhesión, el pronunciamiento se inscribe como una variante —desestabilizadora, desigual— de la política democrática, que no podemos ya archivar sin mayor análisis como los accesorios acostumbrados del “caudillismo” o el “militarismo”. La época que nos ocupa, la de la Guerra de Reforma (1858-1860), no se caracteriza por lo numeroso de sus pronunciamientos: mientras que para 1832 se registran 99, 260 para 1834 y 109 para 1846, solo se cuentan 15 en 1857 —de los cuales diez se promulgaron en diciembre, como reacción al Plan de Tacubaya—, 67 en 1858, 17 en 1859 y 3 en 1860¹¹. Además, algunos de estos textos no siguen el guión clásico de convocatoria amplia y adhesión pública entre miembros de las fuerzas armadas y/o los vecinos de una población, pues son más bien “Manifiestos”, en los que los hombres fuertes del conflicto —militares como Tomás Mejía, Santos Degollado, Miguel Miramón, o el presidente del gobierno constitucional, Benito Juárez— exponían sus posturas y proyectos ante sus “conciudadanos”.

El declive, a lo largo del periodo, en el número de pronunciamientos, así como el peso desproporcionado de los manifiestos —documentos unilaterales que imponen una visión, más que invitar a la discusión y a la adhesión—, sugieren que, en el contexto de una lucha armada intransigente y violenta, la posibilidad de generar alianzas y consensos pareció, por un lado, cada vez más remota¹². Así, fracasaron los Planes de Ayotla (20 de diciembre de 1858) y de Navidad (23 de diciembre de 1858), cuyos promotores buscaban una salida conciliadora para el conflicto, a pesar de que ambos generaron ecos entre poblaciones y cuerpos armados en el centro del país.

Esta base de datos, creada por Will Fowler, ha sido de gran utilidad para la elaboración de este trabajo.

11 Información recabada en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php>.

12 He intentado sostener la misma hipótesis para el periodo del Segundo Imperio. Pani, 2012.

Por el otro lado, al romper el bando liberal el *impasse* de la guerra, e ir progresivamente ganando terreno, la negociación se convirtió en una opción cada vez menos atractiva para los constitucionalistas, frente a la posibilidad de obtener la victoria militar definitiva. No obstante, aunque poco eficaces, los pronunciamientos de la guerra nos permiten acceder al repertorio discursivo de los contendientes, a los términos con que definieron la lucha y a su enemigo, y a las imágenes dramáticas que pintaron para asegurar la lealtad de sus adeptos, atacar o desmentir a sus contrarios y atraer a los indiferentes.

El lenguaje de la guerra —difícilmente podía ser de otro modo— enfrentaba a buenos contra malos. Para los liberales, los enemigos del orden constitucional, creyéndose “tutores” del pueblo, a pesar de haber sido “mil veces reconocidos por ineptos”, pretendían dar marcha atrás, restableciendo a México como “el pupilo de 1821”. Para volver a la paz que anhelaban los “pueblos”, había que apostar a los principios liberales de “justicia”, de “respeto de los verdaderos derechos”, y “al espíritu de adelanto, no a la sujeción servil, al reinado de la ley, no a la aristocracia ridícula de nuestros varios y mentidos redentores, al amor a Dios y al prójimo, no las hipócritas simulaciones de prácticas sin verdad ni sentimientos¹³”.

Por su parte, los conservadores justificaron haber tomado las armas en contra de una ley fundamental fincada sobre “principios disolventes, que arma al asesino y priva a la autoridad pública de medios para perseguirlo”, que era “germen de guerra civil en toda la nación, y aún en el hogar doméstico”, y que resultaba “profundamente inmoral y destructora de los principios sociales y religiosos¹⁴”. El problema no estaba, en el fondo, en los principios proclamados por los liberales, sino en el sentido que daban a “palabra(s) tan gastadas(s)” por el “lenguaje revolucionario, usado para engañar

13 “Manifiesto del presidente constitucional interino”, Guadalajara, 1 de marzo de 1858, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=1550&m=3&y=1858>.

14 “Félix Zuloaga, jefe de la 1ª Brigada del Ejército, a sus conciudadanos”, Tacubaya, 17 de diciembre de 1857; “Acta de San Cristóbal de las Casas, secundando el Plan de Tacubaya”, Chiapas, 2 de enero de 1858; “Acta firmada en el pueblo de San Vicente Chicoloapan”, Estado de México, 18 de enero de 1858. Textos disponibles en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php>.

al pueblo”. Libertad, progreso, derecho tenían, en el léxico “democrático”, una “significación tan laxa como nociva¹⁵”.

Así, denunciaban los conservadores, los “modernos reformadores” de la “infame demagogia” pecaban tanto por anárquicos como por mentirosos. Al poner en práctica “las ideas disolventes de [Maximilien] Robespierre y [Jean Paul] Marat”, los constitucionalistas, “gritando libertad”, habían conducido a los defensores del orden social —las más veces interpretado como esencialmente religioso— “como facinerosos a la cárcel¹⁶”. En realidad, sus “disimulados ataques” en contra de los fundamentos sociales —la religión y la Iglesia, la propiedad, las instituciones— no tenían otro objetivo que el robo, la imposición de “ideas comunistas” que prometían “como mejora el obligar a los propietarios a subdividir en porciones sus tierras”, atacando también a la sociedad, “no sólo en su base fundamental religiosa, sino en la familia”, con leyes marcadas por “el sello de la más refinada maldad¹⁷”.

Ante tal aversión, sólo el “exterminio” de los malvados¹⁸ podía poner fin a la guerra. Sin embargo, a pesar de la virulencia y hostilidad en el lenguaje, y de las profundas diferencias que separaban las visiones de comunidad política que defendían los contendientes, ambos insistieron en plantarse en el mismo campo, en apelar a los mismos principios de legitimidad. Los conservadores se erigieron en defensores de los principios señeros del liberalismo en su versión auténtica —la “verdadera libertad”, los “verdaderos intereses de los pueblos”, el “verdadero progreso, las verdaderas garantías, la verdadera igualdad ante la ley¹⁹”—, y reclamaron querer construir el orden

15 “Proclama de Miguel Miramón”, Guadalajara, 1 de enero de 1859, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/dates.php?f=y&pid=1515&m=1&y=1859>.

16 “Manifiesto de Tomás Mejía”, San Juan del Río, 24 de enero de 1858, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/dates.php?f=y&pid=1262&m=1&y=1858>.

17 “El Primer Cuerpo del Ejército y la Guarnición de Guadalajara protestan en contra del Manifiesto del Lic. Benito Juárez”, Guadalajara, 16 de agosto de 1859, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/dates.php?f=y&pid=1254&m=8&y=1859>.

18 Referimos aquí el lenguaje particularmente exaltado de Tomás Mejía: “Manifiesto de la Sierra Gorda”, Tequisquiapan, 22 de enero de 1828; “Manifiesto de Tomás Mejía”, San Juan del Río, 24 de enero de 1858, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/dates.php?f=y&pid=1262&m=1&y=1858>, y <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/dates.php?f=y&pid=1261&m=1&y=1858>.

19 “Plan de Tacubaya”, “Félix Zuloaga”; “Manifiesto del general Miramón”, Guadalajara, 17 de diciembre de 1858 en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/dates.php?f=y&pid=1303&m=12&y=1858>.

político y social sobre los mismos cimientos: la “voluntad” de la nación y los designios de la Divinidad.

Así, mientras que el gobierno constitucional afirmaba que “bien manifiesta” la voluntad de Dios se hallaba “en favor de las ideas democráticas²⁰”, sus enemigos insistieron en que, además de que la Providencia no protegía nunca a los malvados, su “revolución gloriosa” había sido acogida “unánimemente [...] por la mayoría de la nación²¹”. Los insurrectos no hacían sino acatar “el voto unánime de los pueblos²²”. “Ningún mexicano” podía ver “con indiferencia” los excesos y atentados perpetrados por la constitución de 1857, y ésta no había tenido más apoyo que “la fuerza” con la que se había promulgado²³. Resistiéndose a esta imposición, el pueblo seguía a los conservadores porque abundaba “en buen sentido, en recto juicio²⁴”.

Liberales y conservadores alegaban acatar un “sentir común” evidente y espontáneo, patente en “todas las clases de la sociedad”. No obstante el entusiasmo y la convicción que transmitían los planes promulgados durante la guerra civil, la persistencia de la violencia y el conflicto hicieron dudar, abiertamente, a más de uno. En Veracruz, a fines de 1857, el gobernador Manuel Gutiérrez Zamora trataba de distanciarse del Plan de Tacubaya: a pesar de lo problemática que resultaba la constitución de 1857, “el medio de la legalidad [halagaba a] más y no menos patriotas”. Por lo tanto, los veracruzanos reconocerían la ley fundamental, aunque fuera “voluntad de la mayoría que el Congreso general [...] hiciera] de toda preferencia

20 “Manifiesto del presidente constitucional interino”, Guadalajara, 16 de marzo de 1858, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&cpid=1550&m=3&y=1858>. Para un análisis de las coincidencias entre los nacionalismos liberal y conservador, véase Pani, en prensa.

21 “Acta levantada en el pueblo de San Fernando”, Tabasco, mayo 9, 1858, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&cpid=1306&m=5&y=1858> “Modificaciones al Plan de Tacubaya”, Ciudad de México, 11 enero de 1858 en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&cpid=1269&m=1&y=1858>.

22 “Plan de Tacubaya”.

23 “Manifiesto de Tomás Mejía”; “Protesta ante la nación toda, del Sr. Comandante José Ma. Carriedo, prefecto y comandante militar del distrito de La Barca”, Jalisco, 14 de febrero de 1860, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&cpid=1216&m=2&y=1860>.

24 “Manifiesto del general Miramón al ser nombrado presidente sustituto de la República”, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&cpid=1259&m=2&y=1859>.

en ella las reformas que la opinión de los mexicanos y el orden público [reclamaban]²⁵”.

Por su parte, a mediados de 1859, Miguel Miramón, joven caudillo de la causa conservadora, hacía notar, desconcertado, en un manifiesto que debe haber contagiado sobre todo escepticismo a quienes lo escucharon o leyeron, que, a pesar de las victorias militares del gobierno de la capital, “nadie se [sometía], la revolución no se [sofocaba]”. México, al parecer, vivía una “gran revolución”, cuyos

sacudimientos hieren a todos los individuos, agitan toda una sociedad, la dividen en grandes masas, en grandes bandos [...] no son ni pueden ser el resultado de pequeños intereses puestos en juego, o de aspiraciones aisladas; son la expresión de una gran necesidad social, muestran que la nación [...] demanda un cambio radical en sus instituciones, en su organización, en su manera de ser²⁶.

Difícil es percibir, aquí, la unanimidad y claridad moral de que se ufanaban los pronunciados conservadores, cuando decían abanderar la causa de una revolución “gloriosa”. Como parecía descubrir dolorosamente el “Joven Macabeo”, lo que caracterizaba a una revolución —como movimiento popular, movilizador, desestabilizador— era su carácter proteico e ingobernable. El partido del orden difícilmente podía ser también el de la revolución. Ante las disyuntivas planteadas, Miramón propuso, de manera algo anticlimática, una reforma administrativa de gran calado. Quizá no podía ir mucho más lejos, frente a las ambivalencias del conservadurismo que encabezaba, frente al pueblo cuya voluntad alegaban representar.

La construcción filosófica

El entusiasmo que inspiraba a los conservadores la defensa que hiciera “el pueblo” de la religión no podía calar muy profundo. Cuando, en enero de 1858, Félix Zuloaga derogó las leyes reformistas —fueros, desamortización y obvenciones parroquiales—, la prensa conservadora de la capital —al igual que los pronunciamientos contemporáneos— alabó la caída del

25 “Acta firmada en Veracruz”, 30 de diciembre de 1857, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=1437&m=12&y=1857>.

26 “Proclama de Miguel Miramón”, 12 de julio de 1859, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=1547&m=7&y=1859>.

orden liberal como consecuencia lógica del “clamor de los pueblos” en contra de la constitución de 1857. Estos habían manifestado su oposición, de forma morigerada y pacífica, durante dos años, “en repetidas ocasiones”. La constitución liberal les inspiraba “odio” por la “persecución” que había emprendido en contra de su fe, que era su sustento y consuelo²⁷. Al derogar la “impía” constitución de 1857, el gobierno de la capital no podía “rendir homenaje de un modo más explícito a la opinión”: reconociendo que la “voluntad general” era “la ley suprema de la nación, el único criterio de legitimidad”. Incluso desde las páginas de *La Cruz*, publicación sobria y sesuda, “exclusivamente” religiosa, abocada a “difundir las doctrinas ortodoxas y vindicarlas de los errores dominantes”, el literato José María Roa Bárcena afirmaba, con una exaltación poco característica, que este “axioma de eterna verdad” constituía, “en boca del Estado [...] un programa completo de buen gobierno²⁸”.

Así, los publicistas del conservadurismo defendieron airadamente la soberanía del pueblo católico, dispuesto a defender sus creencias y costumbres, frente a lo que condenaban como los desplantes hipócritas de los “progresistas”, que degollarían “de buena gana a los nueve décimos de los mexicanos, a trueque de mantenerse con el resto de los puestos que antes ocupaban²⁹”. Sin embargo, al igual que el jovencísimo presidente Miramón, quienes asumieron la tarea de explicar y difundir las posturas conservadoras se vieron bien pronto atrapados por las contradicciones implícitas en su concepción de “pueblo”, producto por un lado de su concepción filosófica —en este caso podemos incluso decir teológica—, por el otro de las imágenes, perturbadoras y amenazantes, que tenían de la población que aspiraban a gobernar.

De esta forma, en el marco de una lucha por definir lo legítimo y lo moral, la soberanía popular que aclamaron los portavoces del conservadurismo se vio, casi inmediatamente, cuestionada por sus compañeros de trincheras. Estos publicistas asumían que los cambios políticos eran efecto “de la fuerza de la opinión pública”. Sin embargo, “como católicos” no podían sino

27 “Editorial. Algo sobre el estado de Veracruz”; “Editorial. La Constitución de 1857 juzgada por sus mismos sostenedores”, *La Sociedad*, 5 de febrero, 1 de marzo de 1858.

28 “Noticias nacionales”, *La Cruz*, 24 de diciembre de 1857.

29 “Controversia. Ligeras consideraciones sobre la Iglesia y la situación actual de la República”, *La Cruz*, 7 de enero de 1858.

“reconocer la protección divina en favor de un pueblo que ama su culto³⁰”. El pueblo estaba —claramente— del lado de Dios, pero Dios estaba antes y por encima del pueblo. En un momento en que los enemigos de la religión se creían con derecho a opinar sobre cosas santas, valía la pena deslindar los campos y aclarar las cosas. Desde las páginas de *La Cruz*, se denostó a quienes defendían el derecho del gobierno a intervenir la propiedad eclesiástica y en la disciplina de los miembros del clero, partiendo del supuesto de que la soberanía popular era “*absoluta sin restricción de ninguna especie*”³¹.

A este argumento se opuso, en primer lugar, una premisa esgrimida vigorosamente por los obispos: la Iglesia era una “sociedad perfecta”, fundada por el Hijo de Dios, y como tal era perfectamente independiente del Estado³². Pero los críticos conservadores irían más lejos aun, desmontando el principio de la soberanía popular. Siempre eclécticos, los publicistas conservadores echaron mano, para justificar sus construcciones ideológicas, de teóricos del poder de muy distintas posturas y filiación: por un lado, Benjamin Constant, abogado de un liberalismo “moderno” y moderado, secular, que cerrara el ciclo revolucionario, y Juan Donoso Cortés, que, como puede apreciarse en el texto de Eduardo González Calleja que se incluye en este volumen, propugnaba una “teología política” más que una postura ideológica. Los periodistas mexicanos arguyeron que la soberanía absoluta era “un poder demasiado grande en si mismo”, que resultaba siempre un “verdadero mal”, independientemente de “la mano en que se coloque”. La jurisdicción del soberano debía detenerse “en el punto que comienza la independencia de los individuos”. Pero más allá de las restricciones necesarias para proteger los derechos individuales, los mexicanos, como católicos, debían reconocer que

*La soberanía de derecho es una e indivisible: si la tiene el hombre no la tiene Dios [... por lo tanto] la soberanía popular es el ateísmo, y cuenta que si el ateísmo puede introducirse en la filosofía sin trastornar al mundo, no puede introducirse en la sociedad sin hervirla de paralización y de muerte*³³.

30 “Controversia. Ligeras consideraciones sobre la Iglesia y la situación actual de la República”, *La Cruz*, 7 de enero de 1858.

31 “Examen de los *Apuntamientos sobre derecho público eclesiástico*, por un católico mexicano”, *La Cruz*, 17 de junio de 1858.

32 O’Dogherty, 2009.

33 “Examen de los *Apuntamientos sobre derecho público eclesiástico*, por un católico mexicano”, *La Cruz*, 17 de junio de 1858. El énfasis está en el original.

Para estos conservadores, entonces, el concepto de soberanía popular, que en su momento aclamaron, era filosóficamente inconsistente y teológicamente perverso. Además, casaba mal con las formas en que imaginaban a ese pueblo, como reunión de hombres ignorantes, miserables, corrompibles, fáciles de engañar y de seducir con los “fabulosos inventos de una falsa política, de una falsa moral y de mentidos cultos³⁴”. El poner el poder político en manos de esta gente era un “absurdo”. La política electoral y representativa igualaba al “genio” con el “estúpido e imbécil”. Además de irracional, la soberanía popular era peligrosa y tendía al despotismo: el hombre “no tenía derecho de mandar al hombre”; la voluntad humana “carecía de reglas fijas en sus procedimientos, y su término [era] la anarquía³⁵”. Así, concluían incómoda pero enfáticamente los publicistas conservadores, la “soberanía colecticia” no sólo era impráctica y poco conveniente, era “imposible”, y contraria a la naturaleza:

las leyes de la naturaleza son inmutables y profundamente sabias [... establecían] cierto orden, ciertas esferas de acción, ciertos atributos [...] Así, unos han nacido para mandar y otros para obedecer³⁶.

La traducción institucional

Los conservadores se encontraron así en un espacio exiguo, entre su celebración de la soberanía de los ciudadanos católicos y la desconfianza que les inspiraba el pueblo en abstracto, esa masa indiferenciada en la que “rotos los lazos que ligan a los individuos a la sociedad [...] cada quien se [creía] Dios, Patria y Ley³⁷”. Además de disolvente, la idea de la soberanía popular inspiraba “odio [hacia] las clases de la sociedad a quienes, con sobrada razón,

34 “Interior. Puebla”, *Diario oficial del Supremo Gobierno*, 5 de mayo de 1858; “Libertad de imprenta”, *La Sociedad*, 18 de febrero de 1858; “Editorial. La demagogia y el catolicismo”, *La Sociedad*, 6 de septiembre de 1859.

35 “Examen de los *Apuntamientos sobre derecho público eclesiástico*, por un católico mexicano”; “Controversia: Observaciones sobre la verdadera ciencia política”, *La Cruz*, 17 de junio; 4 de marzo de 1858.

36 “El liberalismo y sus efectos en la República mexicana”, *La Sociedad*, 19 de febrero de 1858.

37 “Remitidos. Buena educación y mal aprovechamiento”, *La Sociedad*, 16 de septiembre de 1859.

se supone tanto más hostiles al barullo democrático, cuando mayor es su interés por la conservación de la paz y el verdadero progreso del país³⁸. De ahí que los políticos y periodistas conservadores prefirieran hablar de “pueblos” antes que de “Pueblo”, que refirieran repetidamente a “todas las clases de la sociedad” y expresaran su preocupación por los “vecinos propietarios y capitalistas”, los “acomodados e influyentes” y “las personas pacíficas [...] e industriosas³⁹”.

Incluso las arengas militares, más proclives a recurrir a las imágenes republicanas de ciudadanos iguales, comprometidos con un ideal compartido, y dispuestos a defenderlo con las armas, a menudo interpelaban a una sociedad concebida como fragmentada. Fincándose en una visión que peca a menudo de esquizofrénica, los jefes conservadores igual denostaban a las “hordas” y “chusmas” que seguían a los liberales, que convocaban a sus “conciudadanos” a luchar en contra de la pérvida demagogia. Algunas de estas contradicciones eran reflejo de diferencias personales y de los distintos tipos de relación que privaban entre los jefes militares y sus seguidores. Así, mientras que Tomás Mejía, cacique de la Sierra Gorda, enaltecía el valor de quienes habían sufrido a su lado “dos años de inexplicables fatigas y penalidades”, cuyo “heroico patriotismo” los había llevado a abandonar “hogares y familias⁴⁰”, Miramón, el antiguo niño héroe, solicitaba a la población un sacrificio más acotado: el de contribuir en metálico para proporcionarle “los medios para defender con buen éxito los principios fundamentales de la sociedad⁴¹”.

Por su parte, cuando la prensa conservadora hablaba de “ciudadanos” prefería aludir a los “pacíficos”. Era, a menudo, más específica, refiriéndose a “capitalistas e industriales”, a “gente pobre”, a “infelices artesanos⁴²”.

38 “Editorial. La prensa demagógica”, *La Sociedad*, 3 de marzo 3 de 1858.

39 “Acta levantada en la villa de Valladolid”, Yucatán, abril 15, 1858, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/dates.php?f=y&pid=1301&m=4&y=1858>; “Plan de Navidad”, Ciudad de México, 23 de diciembre de 1858, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/dates.php?f=y&pid=1008&m=11&y=1858>.

40 “Manifiesto de la Sierra Gorda”.

41 “Manifiesto del general Miramón al ser nombrado presidente sustituto de la República”, 2 de febrero de 1859, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/dates.php?f=y&pid=1259&m=2&y=1859>.

42 “Editorial. Algo sobre el estado de Veracruz”; “Editorial. La constitución de 1857 juzgada por sus mismos sostenedores”, *La Sociedad*, 5 de febrero de 1858; 1 de marzo de 1858.

Como escribía el poeta y aguerrido católico José Joaquín Pesado, citando a Cicerón, “no toda multitud [constituía] pueblo, sino sólo aquella que liga a los hombres en comunidad de derechos e intereses”. Esta comunidad, estructurada, vinculada por intereses compartidos, tenía que seguir un camino trazado desde arriba y sin su participación pues “el verdadero fin de la sociedad [...] no se [limitaba] a que los hombres vivan reunidos, sino que vivan bien [...] conformes con la naturaleza, la razón, la virtud y la ley divina⁴³”.

Así, el conservadurismo parecía estar atrapado entre su exaltación de la voluntad del pueblo católico, del “clamor” con que defendía su fe, y su temor de la “dictadura demagógica, gigante de cien brazos que oprime y veja y destruye por todas partes a la sociedad”, que surgía de una sociedad “esencialmente anárquica”, en la que unas jerarquías que imaginaban naturales se habían desbaratado, en la que “todos [pretendían] mandar, nadie [quería] obedecer, [y] todos se [hostilizaban] mutuamente hasta destruirse y aniquilarse⁴⁴”. Esta ambigüedad profunda iba a verse reflejada en las instituciones de representación y de gobierno que, en medio del estruendo de la guerra civil, proyectaron o implementaron quienes se opusieron a la constitución de 1857.

Como se ha visto ya, los conservadores justificaron la rebelión en contra de un orden constitucional legalmente constituido alegando que los pueblos habían manifestado, de manera tajante, su rechazo a una ley fundamental anti-religiosa y desorganizadora. De ahí que sus opositores reclamaban se promulgara una nueva constitución “conforme a la voluntad nacional y que [garantizara] los verdaderos intereses de los pueblos⁴⁵”. En opinión de muchos, la constitución seguía siendo un elemento imprescindible del orden político, para, como advertía el general Echegaray a Zuloaga en mayo de 1858, alejar a la nación “del riesgo que corre atendida a un gobierno absolutamente discrecional⁴⁶”. Sin embargo, consideraban que,

43 “Controversia. Observaciones sobre la verdadera ciencia política”, *La Cruz*, 18 de febrero de 1858.

44 “Editorial. La cuestión social en México (Artículo I)”, *La Sociedad*, 17 de febrero de 1858; “Controversia. Observaciones sobre la verdadera ciencia política”, *La Cruz*, 4 de febrero de 1858.

45 Art. 3, “Plan de Tacubaya”, diciembre 17, 1857, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pro-nunciamentos/dates.php?f=y&pid=1006&m=12&y=1857>.

46 Carta de Miguel María Echegaray a Félix Zuloaga, 24 de mayo de 1858, citada en Cruz Barney, 2009: 2.

para asegurar el éxito del esfuerzo constituyente, la voluntad de la nación no necesariamente tenía que articularse en torno al mandato explícito de los comitentes. Si las elecciones eran imprescindibles, la inteligibilidad de la voluntad nacional no estaba cifrada en lo que podemos describir como su calidad —el que el ejercicio del sufragio fuera lo más popular, lo más limpio, lo más concurrido, lo más abarcador territorialmente—.

Así, tanto Ignacio Comonfort, el liberal moderado que fuera autor del golpe de diciembre de 1857 como Miguel María Echegaray y Manuel Robles Pezuela, promotores de los planes de Ayotla y de Navidad, abogaron por nuevas elecciones, que rompieran con el predominio que, desde el triunfo de la revolución de Ayutla, habían tenido los liberales “puros”. El general Robles Pezuela, para quien la prioridad en diciembre de 1858 era derrocar al gobierno de Félix Zuloaga, por carecer “de la fuerza física y moral necesarias”, propuso, como “arbitrio para conocer la opinión pública”, convocar a una junta “de origen tan popular” como se pudiera, dado “el corto tiempo” del que se disponía. Este cuerpo debía reunir a las “personas respetables de toda la república que a causa de la guerra” estaban en la Ciudad de México⁴⁷.

Por su parte, Echegaray abogó por que el pueblo actuara como un tercero en discordia entre “dos partidos igualmente exagerados en sus pretensiones” e igualmente incapaces de imponerse el uno al otro. Tenía que convocarse una nueva “asamblea nacional”, compuesta por tres diputados por departamento —siguiendo un esquema centralista que no reconocía estados libres y soberanos—, electos por medio de una ley que garantizara que pudieran “votar y ser votados los ciudadanos todos, sin excepción de clases y personas⁴⁸”. Por otra parte, tanto Comonfort como Echegaray propusieron que la nueva ley fundamental fuera ratificada por “el voto popular”. De no ser aprobada por la mayoría de los habitantes, volvería al congreso para ser “reformada en el sentido del voto de la mayoría”. De esta forma, estos dos militares propusieron un mecanismo inusitado en la tradición constitucional mexicana, en el que la voluntad del pueblo se expresaba

47 El art. 2 preveía la formación de una junta popular, con “personas de todas partes de la República, de diversas clases de la sociedad, de reconocido patriotismo, ilustración y probidad, y sin distinción de partido político”. “Plan de Navidad”, Ciudad de México, 23 de diciembre de 1858, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=1008&m=11&y=1858>.

48 “Plan de Ayotla”, 20 de diciembre de 1858, en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=1340&m=12&y=1858>.

menos a través de la representación política o en el ejercicio legislativo, que en su consentimiento a la ley fundamental, explícitamente formulado⁴⁹.

No obstante, estas propuestas se quedaron en el papel. Aparentemente, la forma en que los conservadores concebían al pueblo y a su soberanía hizo muy difícil que lo proyectaran como base de un nuevo edificio político. El gobierno de la capital durante la guerra, encabezado por dos militares, Félix Zuloaga entre enero de 1828 y febrero de 1850, después Miguel Miramón hasta la derrota de Clapulpan en diciembre de 1860, no convocó a una asamblea constituyente, ni promulgó un estatuto “orgánico” o provisional, como lo harían varios gobiernos decimonónicos *de facto*, para atenuar su carácter arbitrario. El Consejo de Estado del gobierno de Zuloaga, compuesto por un representante por estado, aprobó un Estatuto que a decir del destacado político conservador Luis Gonzaga Cuevas, ministro de Relaciones, hubiera dado al gobierno revolucionario “los títulos del orden legal⁵⁰”.

Este texto afirmaba que las bases del derecho público eran las “tres garantías” proclamadas en Iguala en 1821 (unidad religiosa, independencia, y la unidad política, “sin distinción de orígenes ni localidades”). Además de proclamar su filiación a una visión del pasado nacional que para entonces se reconocía como “conservadora”, el Estatuto afirmaba que no había en la república “más Soberanía que la de la Nación toda⁵¹”. La república contaría con cuerpos colegiados —el Consejo de Estado y los Consejos Departamentales— que desempeñarían un papel consultivo, tendrían iniciativa de ley y participarían en el nombramiento de autoridades. Estarían conformados por representantes de la agricultura, el clero, la minería, las profesiones literarias, la industria fábril, el comercio, la “clase militar”, además de un número de individuos que se hubiera distinguido “por su ilustración, virtud y patriotismo en las carreras política, diplomática, de judicatura o de Hacienda⁵²”. Estamos, por lo tanto, lejos del entusiasmo por la soberanía popular que había permeado, en momentos precisos, el discurso conservador. A pesar de su moderación, el Estatuto orgánico no se publicó.

49 Arts. 3 y 4 “Plan de Tacubaya”; art. 3 “Plan de Ayotla”.

50 Citado en Cruz Barney, 2009: 72-74.

51 Arts. 1, 13, “Estatuto orgánico de la República”, 15 de junio de 1858, en Cruz Barney, 2009: 125-139.

52 Arts. 20, 38. El Estatuto refiere que eventualmente se fijarán “las bases del sistema electoral de la República”, Art. 37 (facultad de los gobernadores), XIII. “Estatuto orgánico de la República”, 15 de junio de 1858, en Cruz Barney, 2009: 125-139.

Por su parte, Miguel Miramón rechazó el nombramiento como presidente que había hecho una junta, bajo los auspicios de los planes de Ayotla y de Navidad, para aceptar el cargo tras la designación de Zuloaga —“el gobierno [tenía] poder para ello”—. Pocos meses después, proclamó que su gobierno era “una dictadura, único gobierno que puede tener la bravura, actividad y energía necesarias para reunir los elementos, reorganizar una sociedad casi disuelta⁵³”. La ambivalencia de ambos gobiernos ante la posibilidad de fincarse sobre lo que habían sido elementos clave del orden posindependentista —una constitución, la política representativa— pone, quizá, de manifiesto las dificultades que experimentaron para construir, en medio de la guerra civil y una creciente escasez de recursos, instituciones de gobierno eficientes y una política congruente. Pero lo complicado que resultó para estos hombres, y para quienes los apoyaban en la prensa, distinguir entre “pueblo” y “populacho”, lo difícil que les resultaba abrir instancias para la ingerencia activa en la cosa pública del ente al que algunas veces proclamaban soberano, contribuyeron sin duda a lo quebradizo de sus iniciativas y posturas. Frente a los temores que inspiraron los hombres armados y alebrestados de la guerra, y frente al endurecimiento de su concepción del pueblo, las fronteras a las que aludía Quentin Skinner, y el espacio de maniobra de los conservadores, se habían estrechado.

Bibliografía

- Academia Mexicana de la Lengua, *Diccionario de mexicanismos*, Ciudad de México, 2010, disponible en <http://www.academia.org.mx/DiccionarioDeMexicanismos>.
- Andrews, Catherine, “Discusiones en torno de la reforma de la Constitución Federal de 1824 durante el primer gobierno de Anastasio Bustamante (1830-1832)”, *Historia Mexicana*, LVI:1 (2006): 71-116.
- Cruz Barney, Óscar, *La República Central de Félix Zuloaga y el Estatuto Orgánico provisional de la República de 1858*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Kloppenber, James, “From Hartz to Tocqueville: Shifting the Focus from Liberalism to Democracy in America”, Meg Jacobs, William J. Novak, Julian E. Zelizer (eds.),

53 “Manifiesto del general Miramón al ser nombrado presidente sustituto”, febrero 2, 1859 en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=1259&m=2&y=1859>; “Proclama del general Miramón”, 12 de julio de 1858 en <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=1547&m=7&y=1859>.

- The Democratic Experiment: New Directions in American Political History*, Princeton, Princeton University Press, 2003: 350-380.
- Mora, José María Luis, "Discurso sobre la necesidad de fijar el derecho de ciudadanía en la república y hacerlo esencialmente afecto a la propiedad", *Obras sueltas de José María Luis Mora, ciudadano mexicano*, París, Librería de Rosa, 1837: II: 289-304.
- O'Dogherty, Laura, "La Iglesia católica frente al liberalismo," Erika Pani (coord.), *Conservadurismos y derechas en la historia de México*, Ciudad de México, CONACULTA, FCE, 2009: I, 363-393.
- Palti, Elías J. (comp. e introd.), *La política del disenso: la polémica en torno al monarquismo en México, 1848-1850*, Ciudad de México, FCE, 1998.
- Pani, Erika, "Conflicted Visions: National and International Images of the Nation in a Time of War: Mexico, 1856-1870", Paul Garner, Angel Smith (eds.), *Nationalism and Transnationalism in Spain and Latin America, 1808-1923*, Cardiff: University of Wales Press, en prensa.
- Pani, Erika, "Intervention and Empire: Politics as Usual?", Will Fowler (ed.), *Malcontents, Rebels and Pronunciados. The Politics of Insurrection in Nineteenth Century Mexico*, Lincoln: Nebraska University Press, 2012: 236-254.
- Skinner, Quentin, *Liberty before Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Sordo, Reynaldo, *El congreso en la primera república centralista*, Ciudad de México, El Colegio de México, ITAM, 1993.
- Tena Ramírez, Felipe, *Leyes fundamentales de México, 1808-2002*, Ciudad de México, Porrúa, 2002.
- The Pronunciamiento in Independent Mexico, 1821-1876*, University of Saint Andrews <http://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=1006&m=12&y=1857>, coordinado por Will Fowler.